

# UNIVERSIDAD DE MEXICO

TOMO IV SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1932 - SUPLEMENTO NOS. 23 Y 24

## LAS MEDITACIONES CARTESIANAS DE HUSSERL

VERSION ESPAÑOLA DEL  
DR. ANTONIO CASO

Publicamos, como suplemento a este número de la Revista, la versión española de la Introducción a las *Meditaciones Cartesianas*, de E. Husserl, el insigne filósofo alemán, jefe de escuela, que fué invitado por la Sociedad de Filosofía de París para dar una serie de conferencias sobre su propio pensamiento filosófico. La publicación se hace en esa forma por habérsenos entregado el original cuando ya estaba concluída la impresión del número. Tratándose del interés extraordinario del tema, no hemos querido demorar su publicación. El gran pensador alemán disertó sobre los temas fundamentales de la Fenomenología, y la Revista de *Metafísica y Moral* tradujo al francés sus interesantes lecciones. El Director de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, Dr. Antonio Caso, es el autor de la versión española que hoy publicamos. En números subsiguientes verá la luz pública la primera conferencia de Husserl, traducida también por el Dr. Caso.

### INTRODUCCION A LA FENOMENOLOGIA

#### I - LAS "MEDITACIONES" DE DESCARTES, PROTOTIPO DEL RETORNO FILOSOFICO SOBRE SI MISMO

Feliz soy al poder hablar de la fenomenología trascendental en esta casa venerable entre todas, en donde ha florecido la ciencia francesa. Tengo para ello razones especiales. Los nuevos impulsos que la fenomenología ha recibido, los debe a René Descartes, el más grande pensador de Francia. Es por el estudio de las *Meditaciones* por lo que la fenomenología naciente se ha transformado en un nuevo tipo de filosofía trascendental. Se podría casi llamarla un neo-cartesianismo, aunque se vea obligada a rechazar, casi completamente, todo el contenido doctrinal conocido del cartesianismo, por la misma razón de que ha dado a ciertos temas cartesianos un desarrollo radical. En estas circunstancias, creo poder asegurar de antemano que me acogeréis favorablemente si elijo como punto de partida, entre los temas de las *Meditaciones de Prima Philosophia*, lo que tiene, a mi modo de ver, un alcance eterno, y si trato de caracterizar, en seguida, las transformaciones e innovaciones que han dado lugar al método

y a los problemas trascendentales. Todo principiante en filosofía conoce la notable y sorprendente serie de pensamientos de las *Meditaciones*. Recordemos su idea fundamental. Se refiere a una forma total de la filosofía, para hacer de ella una ciencia de fundamento absoluto. Lo que implica para Descartes una forma paralela de todas las ciencias, porque, según él piensa, estas ciencias no son más que miembros de una ciencia universal, que es la filosofía. No es sino en la unidad sistemática de ésta, donde pueden llegar a ser verdaderamente ciencias. Si se considera estas ciencias en su desenvolvimiento histórico, se da uno cuenta clara de la falta de este carácter de verdad que permite reducirlas, íntegramente, y en último análisis, a intuiciones absolutas, más allá de las cuales no se puede llegar. Es por lo cual resulta necesario reconstruir el edificio que podría corresponder a la idea de filosofía, concebida como unidad universal de las ciencias que se elevan sobre un fundamento de carácter absoluto. Esta necesidad de reconstrucción, que se imponía a Descartes, se realiza en Descartes mismo, bajo la forma de una filosofía orientada hacia el sujeto.

En primer término, quien verdaderamente quiere llegar a ser filósofo, deberá, "una vez en su vida", replegarse sobre sí y dentro de sí, tratar de derribar todas las ciencias admitidas hasta entonces, y de reconstruirlas. La filosofía—la sabiduría—es, en cierto modo, asunto personal del filósofo. Debe constituirse como "suya", ser "su" sabiduría, "su" saber que, aunque tienda hacia lo universal, sea adquirida por él y deba poder justificar desde el origen y en cada una de sus etapas, apoyándose sobre intuiciones absolutas. Desde el momento en que tomé la decisión de tender hacia este fin, decisión que sólo puede llevarme a la vida y al desarrollo filosófico, he hecho, por ende, voto de pobreza en materia de conocimiento. Y entonces resulta manifiesto que es menester, desde luego, preguntarme cómo podría hallar un método que me diese la marcha que hay que seguir para llegar al saber verdadero. Las meditaciones de Descartes no quieren ser únicamente un puro instrumento privado del solo filósofo Descartes; menos aún, una simple fórmula literaria para exponer sus meditaciones filosóficas. Por el contrario, estas meditaciones diseñan el prototipo del género de meditaciones necesarias a todo filósofo que comienza su obra, meditaciones que pueden dar, únicamente, nacimiento a una filosofía. Si consideramos ahora el contenido de las *Meditaciones*, muy extraño para nosotros, encontramos en él un segundo retorno al yo del filósofo, en un nuevo sentido más profundo; el retorno al yo de las cogitaciones puras. Este retorno se efectúa por el método, bien conocido y sumamente extraño, de la duda. Como no conoce otro fin diverso de un conocimiento absoluto, se prohíbe admitir como existente lo que no se halla enteramente al abrigo de toda posibilidad de ser puesto en tela de juicio. Someto, pues, a una crítica metódica, en cuanto a las posibilidades de la duda que puede presentar, todo lo que en la vida de la experiencia y del pensamiento se presenta como cierto y trata de alcanzar, si posible fuera, por exclusión de todo lo que podría presentar una posibilidad de duda, un conjun-

to de datos absolutamente evidentes. Si se aplica este método a la certeza de la experiencia sensible, en la cual el mundo nos es dado en la vida corriente, no resiste de ninguna manera a la crítica.

Será, pues, menester que, en este estadio del comienzo, la existencia del mundo sea puesta entre paréntesis. De hecho, la realidad absoluta e indubitable, el sujeto que medita no retiene sino a sí mismo en tanto que *ego* puro de sus *cogitaciones*, como existiendo indudablemente, y que no puede ser suprimido, aunque el mundo no existiese. A partir de entonces, el yo así reducido realizará un modo de filosofía solipsista. Se pondrá a la búsqueda de caminos de un carácter apodíctico, por los cuales puede volver a hallar, en su interioridad pura, una exterioridad objetiva. Ya se sabe cómo Descartes procedió al deducir, desde luego, la existencia y la veracidad de Dios, y, después, gracias a ellas, la naturaleza objetiva, el dualismo de las substancias finitas, en una palabra, el terreno objetivo de la metafísica y de las ciencias positivas, así como estas ciencias mismas. Todas estas inferencias se cumplen, justamente, siguiendo los principios inmanentes al *ego*, que le son innatos.

## 2- NECESIDAD DE UN COMIENZO RADICAL EN FILOSOFÍA

Todo esto es Descartes. Pero, ¿vale la pena, nos preguntamos ahora, tratar de descubrir un sentido eterno oculto bajo estas ideas? ¿Son todavía capaces de comunicar a nuestro tiempo fuerzas nuevas y vivas? Un hecho, ciertamente, lleva a reflexionar: las ciencias positivas se han cuidado muy poco de estas *Meditaciones*, que, sin embargo, debían proporcionarles un fundamento racional absoluto. Es verdad que, después de haberse brillantemente desarrollado durante tres siglos, estas ciencias se sienten, hoy día, llenas de trabas en su progreso, por la oscuridad que reina en sus fundamentos. Pero ahí mismo es donde tratan de renovar sus fundamentos, no piensan en volver a las *Meditaciones* de Descartes. Es, por otra parte, un hecho considerable el de que en filosofía las meditaciones hayan hecho época, y esto de modo enteramente peculiar, precisamente en virtud de su retorno al *ego cogito* puro. Descartes inaugura un nuevo tipo de filosofía. Con él la filosofía cambia totalmente de aspecto, y pasa, por modo radical, del objetivismo ingenuo al subjetivismo trascendental, subjetivismo que, a pesar de ensayos renovados sin cesar, siempre insuficientes, parece tender, sin embargo, a una forma definitiva. ¿No tendría esta tendencia constante un sentido eterno, no implicaría una tarea eminente, impuesta a nosotros por la historia misma, y a la cual todos estaríamos llamados a colaborar?...

El estado de división en el cual se halla actualmente la filosofía, la actividad desordenada que despliega, préstanse a reflexionar. Desde el punto de vista de la unidad científica, la filosofía occidental es, desde mediados del siglo último, una ciencia en estado de decadencia manifiesta con relación a siglos anteriores. La unidad ha desaparecido doquiera: en la determinación del fin como en la posi-

ción de los problemas y del método. Al principio de la era moderna la fe religiosa se transformó, más y más, en convención exterior; una nueva fe impresionó y levantó a la humanidad intelectual: la fe en una filosofía, en una ciencia autónoma.

A partir de entonces, toda la cultura humana debió haber sido guiada y esclarecida por medio de concepciones científicas, y, por tanto, reformada y transformada en una cultura nueva y autónoma. Mientras tanto, se ha empobrecido esta nueva fe y cesado de ser una fe verdadera. No sin razón. En efecto, en lugar de una filosofía, una y viviente, ¿qué poseemos? Una producción de obras filosóficas que crece hasta el infinito, pero a la cual falta un vínculo interno. En lugar de una seria lucha entre las teorías divergentes, cuyo antagonismo probaría suficientemente la solidaridad interna, la comunidad de las bases y la fe inquebrantable de sus autores en una verdadera filosofía, tenemos sólo aspectos de exposiciones y de críticas, aspectos de colaboración verdadera y ayuda mutua en el trabajo filosófico. Esfuerzos recíprocos, conciencia de las responsabilidades, espíritu serio de colaboración, en vista de resultados objetivamente válidos, es decir, purificados por la crítica mutua y capaces de resistir a toda crítica ulterior, nada de esto existe. ¿Cómo entonces sería posible una investigación y una colaboración verdadera? ¿No hay casi tantas filosofías como filósofos? Se celebran congresos de filosofía; los filósofos concurren, pero no las filosofías. Lo que falta a éstas es un lugar común espiritual en que puedan tocarse y fecundarse entre sí mutuamente. La unidad, quizás, se encuentra mejor guardada en el interior de ciertas "escuelas" o "tendencias", pero este mismo particularismo permite mantener nuestra característica del estado general de la filosofía, al menos en sus puntos esenciales.

¿Esta exigencia, que algunos creen exagerada, no pertenece a la esencia misma de toda filosofía verdadera?

La nostalgia de una filosofía viviente ha conducido en nuestros días a muchos renacimientos. Preguntamos: ¿no consistiría el único renacimiento verdaderamente fecundo en resucitar las meditaciones cartesianas, no ciertamente para adoptarlas por completo, sino para descubrir, desde luego, la significación profunda de un retorno radical al *ego cogito* puro, y hacer revivir, en seguida, los valores eternos que de ahí brotan? Es, al menos, el camino que ha conducido a la fenomenología trascendental.

Este propio camino lo vamos a recorrer juntos. Como filósofos que buscamos un primer punto de partida y que no poseemos todavía, vamos a tratar de meditar al modo de Descartes. Seguro que observaremos una prudencia crítica extremada, y que siempre estaremos prestos a transformar el antiguo cartesianismo, si la necesidad de la transformación se hiciere sentir. Debemos también poner en claro y evitar algunos errores seductores de los cuales ni Descartes ni los que le siguieron supieron evitar el engaño.